

perpondrán a los históricos en los momentos clave de la narración, consiguiendo con ello que el autor vivifique y revalorice la historia.

Vemos, además, cómo en estas novelas los elementos fantásticos operan como medios de captar la realidad. Lo maravilloso se incluye en la realidad, en lo cotidiano, y sirve de ayuda para comprender, profundizar y dominar esa realidad en la que se vive, en la que el tiempo pasa realmente.

Los sueños, las premoniciones, las corazonadas, los agüeros, encantamientos, hechizos o apariciones se convierten en elementos novelescos que facilitan al protagonista maneras de explicarse el mundo que le rodea. Decía Angel Valbuena Prat en su *Historia de la literatura española*<sup>16</sup> que en la presentación al lector de ese mundo mágico y cotidiano, donde los agüeros, los espíritus, los pactos diabólicos, los aparecidos, las voces del más allá se confunden con el mundo de los sueños fatídicos y premonitorios, en todo esto hay un acercamiento, un intento de penetración en el mundo del subconsciente que se anticipa a la escuela freudiana. Como vemos, la realidad nunca se olvida en la prosa barroca. Se puede exagerar, idealizar, carizaturizar, disfrazar o inventar, pero nunca se olvida.

Los sucesos extraordinarios irán paulatinamente produciendo estados de anonadamiento y de incapacidad racional en los personajes, hasta el punto de que éstos llegan a confundir lo vivido con lo soñado o visionado. Todo lo extraordinario acaba por hacerse cotidiano y el personaje convive con la experiencia de lo sobrenatural. Ello se produce, además, porque el autor somete a sus personajes a grandes estados de tensión, los hechos suelen suceder a un ritmo vertiginoso, y esto hace que los personajes crean vivir en perpetuos ambientes de ensoñación e irrealidad. En un futuro estas mismas novelas, con estos mismos temas o muy parecidos, irán adquiriendo ribetes folletinescos que, de alguna manera, anticiparán las escenografías románticas. (De todos es conocida la afición que hubo en nuestro romanticismo por las novelas cortesanas y de aventuras del barroco español.)

Antes de pasar a ver algunos ejemplos, me gustaría dejar claro que, si atendemos al ambiente y a las características de los personajes y de los argumentos, al marco en el que se encuadran estas novelas, cuando éste existe, y al porcentaje de elementos imaginativos, fantásticos y novelescos, vemos que el principal interés del autor es conseguir dar una impresión de verosimilitud de todo lo que allí se cuenta. Se trata de causar la admiración en el lector, y esto no se puede lograr contando cosas que sean increíbles. A este respecto son tajantes las palabras de López Pinciano: «Las ficciones que no tienen imitación ni verosimilitud no son fábulas, sino disparates, como algunas de las que antiguamente llamaron milesias y agora libros de caballerías» (*Filosofía antigua poética*, tomo II, p. 8).

La función de estas novelas no es nueva. Se trata de conseguir que el lector haga un descanso en sus tareas cotidianas y que logre con la lectura aliviar sus preocupaciones. Es decir, se trata de entretener al lector, de lograr que se evada leyendo, que descansa y deje vagar su imaginación, que se emocione, que quede suspendido y admirado por un tiempo, antes de volver a sus ocupaciones. En cualquier caso, como podemos comprobar, al proponerse aliviar, la literatura está cumpliendo con la función liberadora que le es

<sup>16</sup> Barcelona, Gustavo Gili, 1950, tomo II, p. 158.

propia. Se produce un efecto beneficioso en el lector, y lógicamente, este beneficio repercute en el cuerpo social. El lector se entretiene y descansa, y de todo ello saca provecho la sociedad. Recordemos las palabras que Cervantes pone en boca del Cura, cuando éste está hablando de los libros de caballerías, defendiendo la necesidad de una literatura que sirva de «honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados; pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreación» (*Quijote*, I 48).

Vamos a ver, con algunos ejemplos, hasta qué punto el escritor barroco pone su imaginación a prueba. Vamos a comprobar cómo desde las primeras líneas comienza a crear ese clima de suspense al que me refería antes:

Baxaba de la cumbre de un monte, que en la región de Armenia se llama Cáucaso, un salvaje en el parecer, aunque no en el alma, vestido de varias pieles de animales, los miembros morenos y robustos, la cara tostada y el cabello crecido. Traía colgado al hombro un carcax o aljaba de saetas, en el lado izquierdo un cuchillo de monte y en las manos un árbol entero, que desnudo de ramas y hojas le servía de arrimo para su cansancio y defensa para su persona. Y sentándose sobre una alfombra de olorosas aunque groseras flores, sacó del pecho un hermoso retrato que en un oscuro lienzo estaba bibo, que parecía tener más alma de la que había heredado de los pinceles; y mirándole con atención, como si tuviera presente el original, decía lastimado y enternecido: «¡Ay, querida y ausente Policena!»...

Así comienza la novela que Pérez de Montalbán tituló *La prodigiosa* (*Sucesos y prodigios de amor en ocho novelas ejemplares*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1949, p. 303). En este caso el novelista ha acudido a la tradición para rescatar el tema del hombre salvaje, tan frecuente en los libros sentimentales renacentistas<sup>17</sup>. Un hombre de aspecto salvaje, pero de gran corazón, que habita en un lugar inhóspito, llora, enternecido, la ausencia de su amada esposa. El clima de expectación está ya creado. Después sabremos cuál fue la desgraciada historia de este personaje y cuál es su historia presente hasta el momento en que, camino de su casa y en compañía de Ismenia, que es un personaje que no descubrirá su verdadera identidad hasta el final,

llegando al mar vio junto a la orilla una pequeña barca, cubierta toda, sin remos ni marinero que la guiase; y echando una cuerda fuerte con el ayuda de Ismenia, la sacó a tierra, deseoso de saber el misterio que encerraba; pero apenas rompió los lienzos y cubierta, cuando se quedaron Ismenia y él confusos y turbados, mirándose el uno al otro; porque dentro no había más riqueza que un hombre bañado en su sangre, y junto a él una hermosa dama viva, aunque tan desmayada, que le faltaba poco para imitar al cadáver que tenía a su lado. El dolor de entrambos fue grande, viendo tan lastimoso caso; y más penetró el corazón de Gesimundo esta desdicha, porque encendiendo luz, y mirando con atención a la dama, le pareció que la cara y talle eran de su ausente esposa. Y sacando el difunto cuerpo, y dándole por sepulcro el mar, pues su vida ya no tenía remedio, la cogió a ella en los brazos y llevó al breve palacio de su cueva, y en ella la regaló de suerte que dentro de pocos días tuvo por cierta la esperanza de su vida (p. 327).

Como podemos ver, y en qué pocas páginas, el novelista nos ha transportado a un mundo de irrealidad y fantasía, donde todo es posible. En qué pocas páginas hemos visto cómo los personajes de continuo se ven sometidos a estados de confusión, de admiración, de sorpresa y turbación sucesivamente. Pero no serán sus acciones o sus actitudes las

<sup>17</sup> Vid. por ejemplo, Alan D. Deyermond, «El hombre salvaje en la novela sentimental», en *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas, Nimega, 1967*, pp. 265-272.

que sorprenderán al lector; será más bien la azarosa realidad, el carácter de las aventuras, lo fantástico de las situaciones, el ir viendo de qué manera se efectúa el enredo, cómo se va complicando la acción, cómo la mala fortuna, el Hado, hunde a un personaje y cómo lo aparentemente normal, lo familiar o cotidiano se convierte en algo extraordinario y fuera de lo normal.

También elige Andrés Sanz del Castillo un hombre salvaje para el comienzo de su novela *El monstruo del Manzanares*, incluida en *La mogiganga del gusto en seis novelas* (Zaragoza, Pedro Landa, 1641)<sup>18</sup>.

Con temerarios y espantosos gritos, prometiendo horrible y trágica vista a quien los daba, infundiendo temor en los ánimos de las damas que discurrían la tan agradable como hermosa ribera del arenoso Manzanares, río en Madrid tan celebrado como avariento de cristal, bajaba una mañana de las pueriles de Mayo, desterrando a los que, o ya por medicina o deseoso antojo, habían salido a pasear el acero a aquel frondoso y agradable sitio del suntuoso pensil de nuestro cuarto Monarca, uno, al parecer monstruo, bruto o sátiro, vestido de pieles manchadas a trechos, tan guedejudas y ceñosas, que ponían espanto a quien de lejos lo miraba (p. 7).

Pero no todos los comienzos tienen por qué ser sorprendentes y ocurrir en lugares lejanos y geografías exóticas. Por lo general, la acción de la mayor parte de las novelas transcurre en lugares conocidos por todos, favoreciendo así el clima de verosimilitud del que hemos hablado. Se eligen por eso ciudades españolas, nombrando sus calles, citando sus iglesias y conventos más famosos, haciendo referencia a su historia y al arte de sus edificios.

Por ejemplo, Pérez de Montalbán sitúa en Alcalá de Henares su novela *La fuerza del desengaño* (incluida también en los *Sucesos y prodigios de amor*). En ella dos apuestos galanes pretenden a la hermosa Narcisa. Todo es normal, cotidiano: las citas de los enamorados en la reja, algún duelo en la noche y la triste, pero tópica, desgracia de unas cartas de amor que no llegan a tiempo. Teodoro, uno de los amantes, tiene que salir de viaje y escribe a su enamorada para que le espere, pero al volver la encuentra casada, pues ella no ha recibido la carta, y el tiempo de guardar ausencias ha pasado. Teodoro, herido de amor, decide matar a su oponente Valerio. Prepara una emboscada y en el camino se le aparece una dama con el aspecto y la voz de Narcisa. El la sigue el paso

hasta que, llegando a una casería, que ofendida de los rigores del tiempo apenas conservaba las paredes, vio que se entraba en ella y subía a un aposento que entre las demás ruinas había quedado con alguna forma. Llegó tras ella Teodoro tan cansado que apenas podía hablar...

Un gran rato estuvo Teodoro rogándola que hablase o se descubriese. Y viendo que ni hacía lo uno ni lo otro, se resolvió a que hiciesen los brazos lo que amores y ruegos no habían podido. Y apartándola, a su pesar, el manto de la cara, cuando esperaba hallar a su amada Narcisa, vio que debaxo dél estaba una triste y rigurosa imagen de la Muerte, que con su guadaña parecía que le amenazaba la vida.

No aprovechó en esta ocasión el valeroso brío de Teodoro, porque viéndose abrazado de los helados huesos, se dexó caer sin sentido en tierra por un gran rato. Y después de cobrar la sangre, que había huido del animoso corazón, se salió turbado, volviendo mil veces la cabeza hacia la casería, pensando que venía tras él aquella espantosa sombra (p. 85).

<sup>18</sup> Utilizo la edición de Emilio Cotarelo, Madrid, Colección de Antiguas Novelas Españolas, 1908, tomo VIII.

Esta visión de la muerte le hace tomar la decisión de irse a un convento de frailes descalzos, donde acabó los últimos días de su vida.

También don Nuño, en la novela de Andrés Sanz del Castillo titulada *Quien bien anda, bien acaba*, recibirá una aparición semejante. El es un hombre de vida alegre, pendenciero, amante del juego y las mujeres. Tras una serie de viajes, en uno de los cuales se encontrará con un ermitaño, decide abandonar su mala vida y buscar la soledad de los montes. Una noche,

sucedió que estando a solas como acostumbraba, orando en un aposento delante un devoto crucifijo, que de propósito para ello había puesto, le cargó el veloz sueño de modo que, llevado dél, le representó la imaginación que se veía en un osario carnario de podridos huesos y descarnadas calaveras, que junto a la Catedral de la ciudad había, en que se echaban las que se sacaban de la sagrada tierra cuando se abrían algunas sepulturas, y que un hombre, vestido un saco de áspero y grosero sayal, los pies descalzos y secos, los ojos hundidos y amortiguados, el cabello y barba muy crecida, le llamaba lamentable y compasivamente, y le fue dando razón de quién eran aquellos deshechos y desperdiciados miembros que miraba, y lo que en este siglo habían tenido y ostentado; entre los cuales le dijo que una de aquellas calaveras que veía era de don Sancho, un antecesor de su mayorazgo y abuelo suyo, advirtiéndole que considerase en lo que paraban los humanos cuerpos de esta vida, pues aun en la tierra de que eran formados, cuando de ellos no tenía que quitar, no los quería dentro de sí; amonestándole que, pues no ignoraba había de seguir el suyo los mismos pasos, mirase cómo ocupaba los breves días del aplazado fin de ellos que le era señalado (p. 98).

Qué cerca estamos de la estética romántica. Bajo la sombra de la catedral, junto a las ruinas, entre cadáveres, cualquier cosa puede suceder a estos personajes cuya vida es un continuo vaivén entre la realidad y la ficción, el sueño y la vigilia.

Podemos terminar con una de las historias más famosas de María de Zayas, ambientada en Zaragoza: *El jardín engañoso*, incluida en las *Novelas amorosas y ejemplares* (Zaragoza, 1637). Constanza y Jorge se quieren, pero Teodosia, hermana de Constanza, se ha enamorado de Jorge y tratará, por todos los medios, de perjudicar a su hermana. Acusa a Constanza de mantener relaciones con el hermano pequeño de Jorge, al que éste aborrece. Y Jorge decide matarle; después huye a Nápoles (es un caso típico de huida tras haber cometido una transgresión moral). Durante su ausencia Constanza se casa con Carlos y viven felices. Pero Jorge vuelve y la comienza a pretender. Constanza, cansada y como en broma, le dice:

Hagamos, señor don Jorge, un concierto; y sea que como vos me hagáis en esta placeta que está delante de mi casa, de aquí a la mañana, un jardín tan adornado de cuadros y olorosas flores, árboles y fuentes, que ni en su frescura ni belleza, ni en la diversidad de pájaros que en él haya, desdiga de los nombrados pensiles de Babilonia, que Semiramis hizo sobre sus muros, yo me pondré en vuestro poder y haré por vos cuanto deseáis; y si no, que os habéis de dexar desta pretensión, otorgándome en pago el ser esposo de mi hermana, porque si no es a precio de arte imposible, no han de perder Carlos y Constanza su honor, granjeado con tanto cuidado y sustentado con tanto aumento. Este es el precio de mi honra; manos a la labor, que a un amante tan fino como vos no hay nada imposible<sup>19</sup>.

Jorge, entristecido ante la imposibilidad de tamaña empresa, se arroja a los pies de un árbol y llora. Pero

<sup>19</sup> *María de Zayas, Novelas amorosas y ejemplares*, ed. Agustín González de Amezuza, Madrid, R.A.E., 1948, p. 414.

ya, cuando empezaba a cerrar la noche, y allí dando tristes y lastimosos suspiros, llamándola cruel y rigurosa mujer, cercado de mortales pensamientos, vertiendo lágrimas, estuvo una pieza, unas veces dando voces como hombre sin juicio, y otras callado, se le puso, sin ver por dónde, ni cómo había venido, delante un hombre que le dixo: «¿Qué tienes don Jorge? ¿Por qué das voces y suspiros al viento, pudiendo remediar tu pasión de otra suerte? ¿Qué lágrimas femeniles son éstas? ¿No tiene más ánimo un hombre de tu valor que el que aquí muestras? ¿No echas de ver que, pues tu dama puso precio a tu pasión, que no está tan dificultoso tu remedio como piensas?»

Mirándole estaba don Jorge mientras decía esto, espantado de oírle decir lo que él apenas creía que sabía nadie, y así le respondió: «¿Y quién eres tú, que sabes lo que aun yo mismo no sé, y que asimismo me prometes remedio, cuando le hallo tan dificultoso? ¿Qué puedes tú hacer, cuando aun al demonio es imposible?»

«¿Y si yo fuese el mismo que dices —respondió el mismo que era—, qué dirías? Ten ánimo, y mira qué me darás, si yo hago el jardín tan dificultoso que tu dama pide».

Juzgue cualquiera de los presentes qué respondería un desesperado, que, a trueque de alcanzar lo que deseaba, la vida y el alma tenía en poco. Y así le dijo:

«Pon tú el precio a lo que por mí quieres hacer, que aquí estoy presto a otorgarlo».

«Pues mándame el alma —dijo el demonio— y hazme una cédula firmada de tu mano de que será mía cuando se aparte del cuerpo, y vuélvete seguro que antes que amanezca podrás cumplir a tu dama su imposible deseo (pp. 415-416).

Como era de esperar, el Demonio construyó ese maravilloso jardín, y á la mañana siguiente todo el mundo lo contempla extasiado.

Constanza llora, Carlos intenta darse muerte, pero don Jorge, arrepentido, libera a Constanza de la promesa. Entonces el Demonio, irritado por el buen comportamiento de don Jorge, le entrega el pacto que firmó con su sangre y desaparece junto con el maravilloso jardín, echando humo sulfuroso.

Todo esto ocurre en una ciudad como Zaragoza, entre gentes normales, a la luz del día. Y, de este modo, con pretensión de historia verdadera, nos lo cuenta María de Zayas.

**Julia Barella**

